

La neutralidad científica de la Sociología

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. ANTONIO PERPIÑÁ RODRÍGUEZ (*)

I

PRESENTACION

El problema de la “neutralidad” científica de la Sociología se planteó en su forma estricta y aguda a principios de este siglo dentro de la Asociación Alemana de Sociología; y aunque después, con la madurez de la llamada Sociología clásica, pareció quedar ya zanjado definitivamente de un modo positivo en todas o casi todas las escuelas y autores, lo cierto es que en la segunda mitad de la centuria ha vuelto a replantearse con mayor virulencia polémica por obra y gracia de la autodenominada Sociología “crítica”, inspirada en muy buena parte en el pensamiento de Carlos Marx (o quizá más bien, de sus secuaces de última hora). Podemos, por consiguiente, asegurar que la cuestión todavía “es noticia”; y si a eso agregamos que ahí se involucran numerosos equívocos y malentendidos (involuntarios o intencionales), y que, en último análisis, se trata de algo que afecta de manera directa y esencial a la naturaleza y validez de la Sociología, nos parece justificado que volvamos sobre la cuestión de marras, adelantando ya con todo énfasis que la misma ha de recibir una solución afirmativa. Mejor dicho: ha de quedar sentada de forma clara y rotunda una proposición

(*) Junta de 20 de junio de 1977.

de cuya alternativa nadie puede honradamente escapar: *o la Sociología es una ciencia neutral o no es ninguna ciencia.*

Por lo pronto, damos por resuelto un problema epistemológico elemental: existe una realidad exterior que puede ser conocida racionalmente por el hombre. Es el prospecto de presentación del gran drama de la historia que se llama *Ciencia*, cuyo estreno llevaron a cabo los griegos, que adaptaron al pensamiento moderno los sabios del Renacimiento, al centrar su atención en la realidad sensorial de la Naturaleza, y que finalmente obtuvo nueva versión en el pasado siglo con la ciencia positiva de la realidad social, con la Sociología. Esta última, nuestra disciplina, reproduce los tres postulados que sirven de fundamento al saber científico: 1.º *Realismo*. Hay un mundo exterior cuya existencia y modo de ser no depende de que los hombres piensen sobre él y de lo que piensen. Ya se nos trate de incluir en el realismo ingenuo, en el realismo crítico o donde sea, lo cierto es que ninguna sutileza podrá alterar nuestra convicción de que las cosas, seres y fenómenos del mundo terciario existieron mucho antes, naturalmente, de que cualquier impertinente filósofo hubiera surgido sobre la tierra. Como ningún sabio idealista alemán podrá hacernos vacilar en nuestra convicción de que desde el cuaternario han existido relaciones familiares, tribales, estatales, etc., sin tener que pedir permiso a Augusto Comte o a cualquier precursor suyo. En fin de cuentas, la ciencia es saber de razón, sentido común prolongado (como decía el propio Comte); y por eso no tiene nada de extraño que los psicoanalistas hayan encontrado un gran paralelismo entre el pensar psicopático (en que se pierde la razón) y las posiciones idealistas, que no pasan de ser locuras intencionadas. 2.º *Racionalismo*. La razón humana es capaz de conocer esa realidad exterior, bien entendido que cualquiera que sea la disposición epistemológica que se tenga, ha de quedar bien establecido que en la ciencia la razón *conoce* el mundo exterior, *no lo crea*. La frase de Kant “es posible la Naturaleza” ha de ser aclarada, con sus propios términos, en el sentido de que “es posible el conocimiento de la Naturaleza”; o sea, la ciencia positiva natural. De la misma manera que el neokantiano Jorge Simmel, cuando estudia maravillosamente si “es posible la Sociedad”, lo que hace es adentrarnos en el problema de si “es posible la Sociología”. Y la Sociología es asunto y creación de la facultad racional. 3.º *Objetividad*. La razón conoce respetando la objetividad del mundo exterior o, si se quiere, adaptándolo a la estructura y posibilidades de la facultad cognoscitiva. Si, como decía Aristóteles, hay que distinguir la piedra (mundo real

exterior) y la idea de la piedra (fantasma racional), no es menos cierto que entre ambas tiene que haber alguna correlación, alguna adecuación (*adaequatio rei et intellectus*). Esta es la *neutralidad* de toda ciencia que pretenda ser tal. Las cosas y hechos podrán gustarnos o no, merecer nuestra aprobación o estima, según algún criterio ético o axiológico; pero con independencia de ello, son como son, y nada más. Podremos formular sobre los hechos “juicios de valor”; mas éstos no se confunden con las proposiciones del saber científico neutral que se expresa en “juicios de realidad”. Así se expresaría un sociólogo francés; un alemán nos hablaría de la *Wertfreiheit* de la Sociología, de su libertad o independencia respecto de los valores. *That is the question*.

II

EL PUNTO DE PARTIDA. MAX WEBER

Decíamos que el origen del problema se encuentra en las discusiones germánicas de principios de siglo (1). En 1904 Edgar Jaffé, Werner Sombart y Max Weber asumieron la dirección del “Archivo de Ciencia y Política Social”, enfrentándose con la *Asociación de Política Social*, presidida por Gustav Schmoller, el cual atribuía a la ciencia económica la misión de explicar y predecir los hechos para indicar “el camino recto”, recomendando las medidas adecuadas como “ideal a imitar”. En el año siguiente, 1905, en la sesión de la Asociación que tuvo lugar en Mannheim, se produjo un choque violento entre Schmoller y Weber, que llevó a que se clasificara a este último, con otros, en el “ala izquierdista radical”. Y este ala funda en 1909 la *Asociación Alemana de Sociología*, cuyos estatutos de 1910 declaran a la disciplina pura ciencia sin fines prácticos. Vuelve la discusión en 1914, a propuesta de Schmoller, con creciente violencia, y Max Weber fue derrotado, abandonando “molesto” la sesión. Sin embargo, la verdad es que poco a poco el magisterio de Weber se fue imponiendo al de Schmoller y el criterio avalorista y neutral se fue generalizando. Ocioso es decir que en Francia la dictadura intelectual de Durkheim, que exigía tratar los hechos sociales como “cosas” (y no como cosas de degustación, sino de observación), había de llevar a

(1) Vide R. Dahrenlorf, *Sociedad y libertad*, Tecnos, 1966, cap. 2.

idéntica posición neutral; y otro tanto sucedía en Estados Unidos, donde el entusiasmo empirista y más tarde la “gran teoría” de Parsons no dejaban espacio para otra alternativa. Una de las poquísimas excepciones a esta posición aséptica a juicios de valor se contenía en el Código de Malinas de 1927, cuyo artículo 6.º rezaba que “la Sociología estudia las manifestaciones de la vida social tales como son y tales como debieran ser... se halla dominada por la exigencia de la moral”. Sin embargo, en una nueva redacción, el artículo 9.º eliminaba tal exigencia, abandonando los juicios de valor a la moral.

Antes de seguir adelante conviene dejar bien puntualizada la exacta significación de la tesis weberiana, de la cual se olvidan muchas cosas cuando se la critica. Por lo pronto, hase dicho que su tesis derivaba del agnosticismo neokantiano hacia los valores, por el cual éstos no pueden ser, en su validez objetiva pura, objeto de discusión racional, sino solamente objeto de fe o creencia. El gran sociólogo alemán parte de algo muy distinto, a saber: el problema de los juicios de valor sobre los fines podrá ser “*acaso* materia de consideración especulativa, pero no es, con toda seguridad, objeto de una ciencia de experiencia” (2). *Aquí está el primer punto fundamental de la cuestión*, que, incomprensiblemente, se olvida con frecuencia. El problema de los valores pertenece al ámbito de las creencias (con terminología actual, diríamos de las ideologías) y *acaso* al de la meditación filosófica —el adverbio subrayado puede ser la válvula de escape del agnosticismo neokantiano—; pero nada tiene que ver con eso la Sociología, que, como nuestro autor repite *passim*, es simple ciencia de la realidad, ciencia empírica de lo que *es*, no teoría filosófica de lo que *debe ser*, de lo que *vale*. Por eso, concreta, “no puede enseñar a nadie lo que *debe*, sino lo que *puede* y, dentro de ciertas circunstancias, lo que quiere” (*ob. cit.*, pág. 151). Será, en suma, la Filosofía social la que deba luchar, si *acaso*, por las cuestiones de valor y por la supremacía de éstos o los otros ideales y valores. *La Sociología está libre de ellos*, no son materia de su competencia ni tampoco la vinculan. Hechos y no valores y normas es lo que cae bajo su mirada y lo que le impone la servidumbre de ser fiel a ellos tal como son, según el supuesto clave del realismo epistemológico que es al propio tiempo el de la honradez científica. Es más, como Weber observa con su habitual agudeza, “si lo que es valedero como norma se convierte en objeto de una investi-

(2) *Gesammelte Aufsätze für Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1922, pág. 152.

gación empírica, pierde, en cuanto objeto, su carácter normativo, es tratado como algo que 'es', no como algo que 'vale'. Y ejemplifica aludiendo a la tabla de Pitágoras, cuya validez ideal es muy distinta de lo que sobre la misma piensan los alumnos de una clase. Nosotros iremos directamente al campo de lo social y glosaremos: los valores de la democracia o el socialismo, del corporativismo o de la tradición, en cuanto se convierten en objeto de una investigación empírica, pierden toda su posible fuerza normativa y han de ser estudiados como algo de la realidad, lo mismo que sucede con las nubes o las plagas de insectos. *La Sociología no ENJUICIA ni PREDICA los valores democráticos u otros, sino que DESCRIBE las "valoraciones" de los demócratas o antidemócratas realmente existentes y EXPLICA la conducta e instituciones que se derivan de ellas.* Incluso puede aclarar a esos señores lo que "pueden" hacer, según circunstancias reales, e incluso lo que "quieren", merced a una especie de psicoanálisis sociológico. Para eso, para investigar la realidad interhumana tal como es, con independencia de cómo debe ser, se inventó la Sociología. Si se niega ese sesgo positivo y fáctico y se pretende introducir juicios de valor en su sistema, se hace traición a su idea inspiradora, se la niega como ciencia. O la Sociología es neutral o no es "ciencia" empírica.

Hubo también, por lo menos, dos razones circunstanciales que estimularon a Weber a seguir su trayectoria. En primer lugar, y habida cuenta del régimen alemán a la sazón imperante (que aunque no era el del III Reich, sí era el del II Reich), temía que si en la Sociología y dentro de la Universidad se introducían criterios de valor y de ideologías, el sistema universitario podría perder su autonomía. En segundo término, el autor de *Economía y Sociedad* pensaba que la enseñanza universitaria no debe "tomar partido" acerca de los valores para impedir que la autoridad del maestro influya sobre los alumnos. El profesor de Sociología, según él, debe enseñar Sociología, no hacer propaganda de un ideario. Como dice en su *Wissenschaft als Beruf*, el maestro es "maestro", no "caudillo". Los profesores valorativos además atraen más alumnos, de suerte que tomar posiciones ideológicas o axiológicas favorece a quienes se ponen al servicio de los intereses de los estudiantes; lo cual no es guardar decencia en la docencia.

Estos dos motivos circunstanciales tienen, por lo mismo, un valor históricamente circunscrito. No obstante, podemos insinuar posibles aplicaciones a las circunstancias presentes. Pese a calificativos alegremente utilizados por nuestra actual legislación, no tenemos una Universidad "autónoma"; y nada tendríamos que perder introduciendo el

criterio valorativo. Mejor dicho: *lo poco que va quedando de nuestra Universidad* (precisamente por la incapacidad de los legisladores y la labor de zapa de los profesores “valorativos”) *desaparecería con la entrada de los juicios de valor particulares unida a la libertad de cátedra*. Con esta libertad y con la aceptación del punto de vista valorativo habría que cerrar nuestras Facultades de Sociología y sustituirlas por establecimientos como la escuela de Toulouse o la de Praga. Es lo que, dentro de lo establecido, están haciendo algunos profesores que, imitando a Marcuse en anarquía mental y moral, predicán y no explican, asegurando, además, que “tienen ellos que aprender mucho de los alumnos”. Ese fenómeno que temía Max Weber se llama ahora *politización*, la cual está anulando lo poco de Sociología universitaria que teníamos. Con motivo de los famosos acontecimientos de mayo de 1968 en París, Alain Touraine, profesor de Sociología en Nanterre y uno de sus glorificadores —por convicción o por miedo—, afirmó que la política había entrado en la Universidad, y que si salía de ésta, él la acompañaría. El espíritu lealmente universitario debe pensar todo lo contrario; y, por eso, debe inclinarse por la *Wertfreiheit*. Y, finalmente, ¿qué decir sobre el temor weberiano de que el maestro se convierta en caudillo? En España hoy en día el espíritu contestatario resta importancia a ese temor; y aun quizá deberíamos invertir los términos afirmando que el alumno debe ser “alumno”, no dictador ideológico. Mas, ¿cómo condenar esa “rebelión de las masas” estudiantiles cuando al propio tiempo estamos asistiendo a una “rebelión de las minorías”, que diría Jorge Uscatescu, a una abdicación del sentido de la responsabilidad, como en el caso de ese profesor que citábamos (y cuyo nombre no queremos dar por respeto a su nombre), que se va a California y a otros lugares para “aprender” de los jóvenes? Estos caudillos universitarios de hoy son como aquel demagogo que ante una manifestación de masas aseguró que como era un dirigente del pueblo (demagogo) “debía seguirlos”.

Antes de pasar a la discusión detallada del problema insistiremos en que el principio de neutralidad valorativa de la Sociología está afianzado en el actual sistema de la Sociología y que, en realidad, no lo impugnan los sociólogos, sino los ideólogos que pretenden hacer Sociología. Particularmente los de izquierda, donde la ideología no ha finiquitado aún; pero también los de derecha y conservadores. A éstos puede molestar la crítica que la Sociología, sin proponérselo, puede suscitar (muchos estudios sociológicos neutrales atraen espontáneamente posiciones valorativas críticas); a los otros lo que puede molestar

es la crítica de su *Sociología crítica*, basada justamente en las clásicas tesis iniciales de Max Weber. No nos entusiasma nunca exhibir paquetes de citas; más para que no se piense que aquí traemos meramente una posición personal arcaica y superada, nos atrevemos a hacer una selección de autores, casi aleatoria, por utilizar nada más las fuentes que tenemos a mano y que con un poco de ratonil paciencia bibliográfica podría multiplicarse *ad nauseam*. K. W. Kapp, oponiéndose precisamente al viejo parecer de Schmoller, asegura que el análisis económico sólo puede aspirar a “una comprensión e interpretación crítica y libre de prejuicios del proceso económico”³. Por su parte, R. Hunt escribe: “Nosotros, sin embargo, somos de los sociólogos que creen que la Sociología debe ser estrictamente una ciencia y como tal ha de ser éticamente neutral”⁴. Para Guy Rocher “la Sociología como tal, en tanto empresa científica, sólo conoce la moral como objeto de estudio”⁵. Salvador Giner entiende que la Sociología, que es “comprensión racional y objetiva de una zona de la realidad”, es *moralmente neutra*. No aprueba ni reprueba lo que desvela, interpreta o describe⁶. Y terminamos nuestra breve muestra de autores, recordando que para R. M. MacIver y Ch. H. Page lo que la ciencia exige es simplemente que evitemos toda personalidad en nuestro estudio⁷.

III. ARGUMENTOS EN CONTRARIO

Y tras estas citas de autoridad queremos recoger los argumentos que se esgrimen en contrario para después sopesarlos serenamente:

a) La neutralidad ética⁸ parece que va contra el impulso inicial de nuestra ciencia, que buscaba remedio contra los males sociales;

(3) *Los costos sociales de la empresa privada*, Ed. Oikos-fau, Villasar de Mar (Barcelona), 1966, pág. 290.

(4) *Sociología*, Ed. del Castillo, S. A., Madrid, 1968, pág. 19.

(5) *Introducción a la Sociología*, Herder, 1973, pág. 668. Recuérdese el criterio de Max Weber arriba expuesto.

(6) *Sociología*, Ed. Peninsular, Barcelona, 1969, I, I.

(7) *Sociología*, Tecnos, 1958, pág. 642.

(8) Hablamos indiferentemente de “neutralidad ética” y de “libertad frente a los valores”, indicando que la tesis weberiana es aplicable por igual frente a los criterios axiológicos opinables (de estimación no obligatoria en conciencia) y frente a los principios morales obligatorios... que obligan en la conducta, no en las formulaciones intelectuales (salvo implicaciones extrínsecas de éstas).

impulso que seguramente se sigue conservando más o menos explícitamente y en mayor o menor medida en la mayor parte de los escritores y en lo que la conciencia colectiva, en general, parece estar reclamando a la Sociología. Describir los *hechos* sin valorarlos como *males* es contrario al espíritu de los fundadores que constituye casi un imperativo categórico frente a una fría y aséptica Sociología académica.

b) Tal neutralidad es psicológicamente imposible; por lo menos, es muy difícil librarse de las propias estimaciones y preferencias en asuntos que tan directamente tocan a nuestros afectos, ideas e intereses. Si la ciencia es hechura humana y no registro automático de la verdad objetiva pura —incluso cualquier trabajo de investigación técnica de lo social tiene una buena parte de “construcción”—; si, además, el hombre es un ser constitutivamente valorativo, se sigue que no es factible hacer una ciencia completamente neutral en el mundo de la Sociedad. Lo que esa ciencia exige de “construcción” lleva aparejado otro tanto de valoración. Recordemos que Leibniz decía que si las matemáticas afectaran a los intereses de los hombres, dejarían de ser ciencias exactas. Johannes Messner ahonda en este argumento al hacer notar que la reciente Psicología en profundidad nos dice hasta qué punto se es parcial, hasta qué punto se valora aun sin quererlo conscientemente y sin darnos cuenta de ello.

c) Incluso hay muchos autores que, llevando más allá la fuerza del argumento negativo anterior, estiman que la imposibilidad del conocimiento objetivo (adecuado a la realidad y no a las preferencias subjetivas) es una barrera infranqueable y absoluta, ya que dimana no de causas simplemente psicológicas, sino de razones estrictamente epistemológicas. No es que tal individuo por vivir en cierto ambiente histórico-social y por singulares razones psicológicas no pueda expresarse con imparcialidad y “libre de valores”; es que, de modo tajante, ningún hombre puede alcanzar la verdad absolutamente válida, pues siempre está determinado —y no sólo condicionado— por su situación social. Todo pensar se concibe así, no como pulcramente lógico, sino siempre como ideológico. La imposibilidad de descubrir la verdad externa se extiende ahora no a este o el otro contenido del pensamiento, sino al instrumento mismo del pensar. Las categorías que nos presenta Kant como propias de la razón pura y, por ende, adecuadas a cualquier ser humano, son sencillamente manifestación de un espíritu burgués en determinada coyuntura (Max Scheler). Y tal fenómeno se

producirá con mayor vigor aún tan pronto los problemas afecten a los intereses de clase o situación. Al convertir la Sociología o la Psicología del conocimiento en auténtica Epistemología (como se hace ahí), se hace imposible en absoluto la no-neutralidad del saber. El citado Max Scheler y Karl Mannheim fueron los que en la primera mitad de este siglo contribuyeron a esta versión sociológica del escepticismo, en seguimiento, sin duda, de la doctrina marxista. Y aun más allá de ella, pues la misma concedía un valor relativamente absoluto (valga la expresión) a las verdades proletarias ⁹.

d) No falta quien alega que ignorar los valores en el mundo del hombre es tratarlo como Naturaleza, al modo de Charles Lundberg y otros; con lo que la *Wertfreiheit* está abocada a un naturalismo positivista que contradice la realidad humana.

e) Pero, sobre todo, el arsenal de que se toman las armas que se juzgan más poderosas y modernas contra la *Wertfreiheit* es más concreto y menos científico: sencillamente la actitud ideológica de ciertas Sociologías críticas y de determinadas posiciones anticapitalistas. La impugnación mejor la hace desde este ángulo seguramente Alvin W. Gouldner ¹⁰. “En ningún caso —escribe— será posible simplemente que la única cuestión importante haya de ser la validez empírica o realidad de los sistemas intelectuales implicados; y que las partes viables de cualquier sistema teórico puedan ser descubiertas por la ‘investigación’. La cuestión no es aquí determinar qué partes de un sistema intelectual son empíricamente verdaderas o falsas, sino cuáles son liberadoras y cuáles son represivas en sus consecuencias. En suma, el problema es éste: ¿cuáles son las consecuencias políticas y sociales del sistema intelectual sometido a examen? ¿Liberan o reprimen a los hombres? ¿Atan a éstos al mundo social que ahora existe o los capacita para trascenderlo?” (*The coming*, p. 12). Y en otro lugar afirma que la tesis de Weber es cierta apelando a la razón, no a la experiencia. Si eliminamos lo lógico vamos a una “sociología de grupo”, a la

(9) En realidad, Mannheim también quiere evadirse de su relativismo encontrando en la *Intelligentzia* socialmente desarraigada una inteligencia capaz de razonar sin padecer la esclavitud del condicionamiento histórico-social.

(10) *The coming crisis of Western Sociology*, Heinemann, Londres, 1971, *passim*. Ver también *El antiminotauro; el mito de una sociología libre de valores*, en la obra colectiva dirigida por Irving L. Horowitz, *La nueva Sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills*, Buenos Aires, Amorrortu Ed., 1969, dos volúmenes.

“ideología de un grupo de trabajo” profesional, únicamente sólo para sus adeptos. Es “mito de grupo”, no “creencia científica”; encubre no limpias posiciones teóricas, sino más bien sucios intereses conservadores, como “aplaudir a la bailarina por su gracia es a menudo, para el público, una manera de ocultar su lujuria” (en Horowitz, *ob. cit.*, I, p. 230). Hoy no se entiende bien a Weber, insiste, ya que este gran autor pedía indiferencia científica como algo muy distinto de la indiferencia moral. De un lado, había en él gran cautela ante los juicios de valor, atormentada expresión de fe, muy personal y sentida, que se ha convertido hoy en “un catecismo vacío, un santo y seña y una buena excusa para dejar de pensar con seriedad”. De otro lado, se preocupaba por despolitizar la Universidad (como ya sabemos), pensando en los valores políticos, *no* en los valores morales. Pero si en la Alemania de principios de siglo podía tener justificación esto como llamada a la tregua política, en la América de la segunda mitad de la centuria sucede lo contrario; y conviene más empujar a la preocupación por lo político. Sin duda que la postura de Gouldner y los que como él piensan tiene un doble objetivo: combatir la Sociología “oficial” de la gran teoría de Parsons y del empirismo tecnológico y buscar base científica (?) para combatir la Sociedad actual, el *establishment*.

IV. REFUTACION DE ESTOS ARGUMENTOS

Quizá la mejor manera de probar nuestra tesis, favorable a la neutralidad de la Sociología, es el *respondeo* a los argumentos contrarios.

a) La *Wertfreiheit* no se opone al impulso inicial de nuestra ciencia, que empezó fabricándola como disciplina eminentemente práctica que trataba de allegar remedios precisamente científicos a los males de la época (Saint Simon, Comte, Marx). Precisamente esa finalidad y *el modo de afrontarla* (subrayamos estas palabras) tienen como primera exigencia el neutralismo científico. Como Bacon sentó para la Naturaleza, la mejor manera de dominar la Sociedad es conociéndola; y conociéndola tal como es, que sólo así podremos luego cambiarla a nuestro gusto. *Voir pour prévoir, prévoir pour pouvoir*, según la cautela de Comte. Pero eso no quiere decir que si la nueva ciencia ha de ser valorativa en su “aplicación”, no tiene que serlo, no debe serlo, en su “construcción”. Como proporcionalmente la ciencia médica se elabora para defender la vida, la salud y el bienestar físico;

pero nadie podría pensar que la mejor manera de cumplir estos fines es negando la existencia de los microbios o las alteraciones del metabolismo normal. Antes al contrario, hay que conocer todo esto tal como es objetivamente para luego combatir con eficacia lo que nos perturbe.

b) Hay ciertamente una gran dificultad psicológica en lograr una neutralidad frente a los angustiosos problemas de la vida social; pero no hay, no puede haber, una imposibilidad. Para combatir todos los sesgos que llevan al subjetivismo hay muchos medios. Ante todo, las metodologías racionales, luego incluso el psicoanálisis, para evitar las argucias del subconsciente, la Sociología del conocimiento, el coloquio noble entre escuelas. Messner apunta la conveniencia de que cada autor declare sus propias convicciones para no engañar sobre la posible desviación de sus doctrinas... lo cual ya es evidentemente una concesión general a la posible neutralidad de la ciencia. Y, sobre todo, buscar mediante los aprendizajes que sean el establecimiento de la honradez intelectual, que si ciertamente falta en los conservadores a lo Parsons, tampoco deja de brillar por su ausencia en los revolucionarios a lo Gouldner.

c) Nos oponemos con todo vigor al argumento epistemológico. La *Sociología, como ciencia positiva neutral de la realidad social objetiva, es posible*. No haremos Filosofía, para lo que no estamos capacitados; pero nos bastará remitirnos al testimonio de miles y miles de filósofos y científicos que desde el mundo heleno han venido defendiendo expresamente o con convicción implícita la capacidad de la razón para conocer lo que es. ES EL PRINCIPIO MISMO DE LA VALIDEZ DE LA CIENCIA LO QUE SE PONE AHI EN LITIGIO, de tal manera que si se niega la *Wertfreiheit* de la Sociología, se niega esta misma como ciencia, sustituyéndola por mera ideología no imponible *erga omnes*... salvo como se imponen las ideologías por la fuerza; y no por la fuerza de los argumentos lógicos o de los resultados de la investigación.

d) Es cierto que la realidad humana contiene valores (que no pueden detectarse en el mundo físico); pero eso no implica que nuestra ciencia tenga que valorar. Quienes lo hacen son los hombres vivos y no el sociólogo, que debe limitarse a descubrir imparcialmente y sin opinión axiológica propia ese hecho de la vida real. Como el ornitólogo no tiene que echarse a volar para estudiar las aves. Es más, empleando una terminología correcta (desfigurada por el uso común del lenguaje de los sociólogos), la verdad es que *la Sociología*

no estudia VALORES objetivos, sino VALORACIONES subjetivas e históricas. No estudia la esencia y valor abstracto de la democracia o el socialismo, sino las formas concretas de relación y organización que se dan los hombres que se llaman demócratas y socialistas y las estimaciones particulares que ellos puedan tener y querer aplicar. La Sociología hace juicios de realidad sobre juicios de valor positivos y efectivos. La Filosofía neokantiana distingue *Werturteil*, juicio de valor, y *Wertbeziehung*, referencia a valores (Rickert); o bien, los valores puris, como mupdo de entidades ideales deseables, y la *cultura*, como algo intermedio entre el valor y la naturaleza, como realidad humana. La Sociología hace referencia a valores, no los estudia; se adentra sólo en el mundo de la cultura humana sin ascender al valor puro. Esa es su neutralidad.

Cierto que el sociólogo también es humano, como los seres que él estudia, y por lo mismo tiene sus propias estimaciones. Lo que se pide dentro del realismo científico es no superponerlas a las de los seres humanos sometidos a estudio. “Al tratar con hechos-valor el sociólogo nunca debe permitir que sus propias valoraciones se mezclen o afecten a su modo de presentar las valoraciones que se registran en los hechos mismos” ¹¹. Será triste para un sociólogo liberal el contemplar el avance de las valoraciones procolectivistas, como lo será para el sociólogo socialista el ver cómo las valoraciones reales, los hechos-valor, que predominan en los regímenes que se llaman socialistas no responden a sus propios ideales; pero si uno y otro son hombres de ciencia y tienen honradez teórica han de reconocer los hechos. Los psicólogos llaman pensamiento *autista* a aquel que en vez de reflejar en la mente la realidad exterior, configura ésta según sus internas imágenes y nociones previamente establecidas; es decir, cuando se convierte en máquina de proyección cinematográfica y deja de ser máquina fotográfica. Pues bien, el sociólogo debe ser fotógrafo, no un proyector de películas no filmadas antes con fidelidad.

Claro que aquí aflora una idea ya latente en lo anterior. Quizá sea exagerado o inexacto decir que el sociólogo debe ser neutral a todos los valores. No se trata de la distinción entre los políticos y los morales, a que aludía Gouldner, sino de algo más rotundo: *el sociólogo, como científico neutral, sí debe guiarse por un valor, y sólo por uno: EL VALOR DE LA VERDAD*. Debe actuar, según la ex-

(11) MacIver y Page, *ob. cit.*, pág. 693.

presión de Jacques Leclercq, con la “impasibilidad” del científico. De ahí la oposición polar entre ciencia y política. La primera es el reinado de la verdad, la segunda, de acuerdo con la expresión de Ortega y Gasset, es “el imperio de la mentira”. A esto llegan los sociólogos que exigen que nuestra rama del saber sea una ciencia “comprometida”.

e) Y a ellos nos vamos a referir en esta última refutación. Por lo pronto, señalaremos que la “neutralidad” de la Sociología no se basa sólo ni sirve únicamente a posiciones o intereses de “derechas”. En 1954 un comité de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de Norteamérica hubo de atacar el empirismo de los sociólogos, y no por su superficialidad y ramplonería (como a nosotros nos gusta hacer), sino por ser demasiado empíricos, por no valorar sus hallazgos desde el punto de vista de la situación vigente ¹². Podríamos decir a los criticistas marxistoides que el auténtico y sincero sociólogo es el hombre que recibe las bofetadas desde ambos lados, precisamente porque su misión y propósito es servir a la verdad y no a los intereses o ideologías de izquierdas o de derechas. Los “críticos” pretenden que la disciplina deje de ser ciencia objetiva de la realidad social para transformarse en instrumento de lucha contra el capitalismo. Allí cada uno con sus valoraciones e ideologías. No entramos siquiera a juzgar si la especulación neutral y la exposición científica avalorativa *valen* más que la actividad política liberadora. Lo que sí decimos es que en Sociología hay que pensar en la *Wissenschaft als Beruf* y no en la *Politik als Beruf* (según sendos trabajos de Weber).

Y ahora nos place traer a colación dos textos de los apóstoles del marxismo, tan grato a los sociólogos comprometidos, en que sin reservas y con toda rudeza se postula el punto de vista aquí expuesto, esto es: la necesidad de que la ciencia sea siempre neutral, sin dejarse desviar por los valores o ideologías. Es un párrafo recogido en el tomo IV de *El Capital* (historia de la teoría de la plusvalía), publicado por K. Kautsky, se dice nada menos que lo que sigue: “no es injusto llamar DESHONESTO a quien procura acomodar la ciencia, no al punto de vista emanado de ella misma, por erróneo que pueda ser, sino a un criterio dictado por intereses ajenos a ella”. Y aún, sobre

(12) Sobre esto, ver J. Bernard, “Tendencias actuales de la Sociología americana”, en *Estudios Sociológicos Internacionales*, tomo I, Instituto Balnes de Sociología, Madrid, 1956.

esto, convendría que los glosadores humanistas del joven Marx, leyeran el Prefacio a la 1.^a edición inglesa de *Das Kapital*, en que se anuncia ciencia pura (sin valores), aunque luego el desarrollo no corresponda al programa. Por su parte, Federico Engels, el *alter ego* de Marx, escribía en carta de 11-VIII-1884 dirigida a P. Lafargue: “Marx habría protestado contra el ideal social y político que usted le atribuye. Un hombre de ciencia no tiene ideal; establece proposiciones científicas. Además, un hombre de partido lucha por aplicar estas proposiciones a la vida. Cuando se tiene un ideal no se puede ser hombre de ciencia, puesto que se juzga *a priori* sobre la postura que hay que tomar.” Sin comentario.

Hace poco tiempo se publicó un panfleto (en las calificaciones de las publicaciones desde el punto de vista científico no merece otro nombre), encabezado por F. Joliot-Curie y con colaboración de otros, “*De la ciencia académica a la ciencia crítica*” (Ed. Anagrama, Barcelona, 1972), en que se arremete con estilo callejero y no académico contra la “pretendida” neutralidad de la ciencia. Se asegura en algún pasaje que “no existe ciencia políticamente neutra” —y no se distingue entre las clases de ciencias. Pero lo curioso es que los ideólogos promotores de esa publicación, que utilizaron el nombre prestigioso de Joliot-Curie, vinieron en un instante a caer en una trampa, ya que este científico que, por encima de su ideología, es científico, dejó pasar (o hizo pasar con toda intención) esta frase: “La ciencia no es moral ni inmoral. A mi entender, sólo podemos juzgar a los que utilizan sus resultados. La responsabilidad del empleo, no incumbe, en general, a los científicos” (pp. 20-21). Conste que no estamos completamente de acuerdo con ese modo de pensar y juzgamos que si una verdad científicamente establecida puede tener efectos prácticos de aplicación de extremada gravedad (la bomba atómica, etc.), debe juzgarse moralmente no sólo al que la utiliza, sino también al que la descubre y publica como científico. Pero eso es asunto totalmente ajeno al nuestro, al de separar escrupulosamente los juicios de realidad y su búsqueda y los juicios de valor y su formulación.

Poco nos queda por decir ya. Realmente, los que impugnan la tesis weberiana, aparte de confundir dos cosas (quehacer científico como tal y postulación de valores e ideologías), no entienden verdaderamente a Max Weber. Sí lo comprendía Karl Jaspers cuando insistía en la necesidad de distinguir aquí objetividad científica e indiferencia moral. Como todo el mundo reconoce, incluso los sociólogos criticistas, Weber era un hombre preocupado, obsesionado, por las

cuestiones morales. Y en ese respecto no parece contradictorio, ni mucho menos, su pensamiento sobre la *Wertfreiheit* de la ciencia social. **SOLAMENTE SUSPENDIENDO (NO DESTERRANDO) LAS REACCIONES MORALES, SE PUEDEN FORMULAR MEJOR LOS JUICIOS DE REALIDAD.** Recordemos cómo nos enseñaba que una ciencia empírica puede adoctrinarnos sobre qué es lo que nos proponemos ética o axiológicamente y también sobre lo que puede resultar de nuestras tomas de posición prácticas. ¿Puede considerarse inmoral al que tiene en cuenta que, como dice un personaje de Pirandello, es difícilísimo predecir las consecuencias de nuestras más bellas acciones? El infierno está basado sobre buenas intenciones. ¿Llamaremos antidemoníaco al que prevé el destino de esas buenas intenciones, sobre la base de que el mundo marcha según sus leyes y no según nuestros deseos y, como consecuencia, *suspende* (no condena) sus buenas acciones?

Seguramente que muchos de los que mediten sobre la verdad y necesidad de separar los juicios de realidad (lo que es, que nos da la Sociología) y los juicios de valor (lo que debe ser, que nos da la ideología o la Filosofía) no acaban de quedar contentos, y que han de quedarles posos de duda sobre eso. Pues bien, para colofón puntualizaremos una cosa que conviene no sólo a la mejor ilustración sobre el tema, sino también al buen nombre de Max Weber. El, el teórico de la *Wertfreiheit*, que, como tenemos repetido, no era como persona integral partidario de una inmoral neutralidad frente a los valores, y que al mismo tiempo era un científico “honesto” (lo que satisfaría a Marx); él, decimos, establece uno de los puntos básicos de la teoría social en que desaparece el antagonismo a que nos referimos. El compromiso de neutralidad axiológica lo adquiere la Sociología desde el instante en que se pone a manipular sus temas de conocimiento; pero la selección de éstos es actividad que está henchida de valoraciones. La realidad objetiva, nos enseña, es infinita, mientras que la capacidad de conocimiento del hombre es muy limitada, de manera que inevitablemente sólo podemos captar una mínima parcela de esa realidad. ¿Y cómo realizar la selección de lo teorizable? **AQUI NO HAY, NO DEBE HABER, IMPOSICION OBJETIVA DE LA REALIDAD, SINO LIBERTAD SUBJETIVA, VALORATIVA.** El mínimo de la realidad que puede pasar a consideración científica depende y se halla sometido a lo que consideramos relevante e interesante *según valores*. Ejemplificando, la cosa resulta clara. Emprender una encuesta sobre la ascendencia geográfica de los gerentes y no sobre su situación actual,

puede tener relevancia objetiva a efectos de convertirse en materia de investigación... pero después de que hayamos descubierto su vida, conducta, mentalidad, relaciones humanas, etc., en que se desenvuelven. Seleccionar como objeto de investigación la circunstancia de a qué hora se toma la Coca-Cola o en qué habitación tiene usted el aparato de radio, son cuestiones absolutamente triviales e impropias de la ciencia. El criterio del valor las excluye *a limine* de la competencia de ésta, aunque luego se traten con toda neutralidad. Un escritor francés se lamentaba de que le enseñaron lo que en 1830 era el romanticismo y que Teófilo Gautier usaba un chaleco rojo; pero nada le dijeron sobre que entonces los tejedores de Lyon trabajaban quince horas diarias. *Ecco il problema*. La ciencia social debe seleccionar sus objetos de conocimientos *según valores* (según lo que interese subjetivamente al autor y, sobre todo, a la conciencia colectiva); pero una vez realizada esa selección, debe tratar su objeto de conocimiento (¡que tiene una realidad objetiva que no depende del hecho de ser conocida!) de un modo *wertfrei*, con plena neutralidad. ¿Pase lo que pase? No. Porque si descubrimos la triste realidad de que lo descubierto puede tener efectos nocivos o catastróficos para la sociedad, debe suspenderse su actividad; o, por lo menos, no publicarla.